Homilía de

S.E.R. MONS. CHRISTOPHE PIERRE

Nuncio Apostólico en México

43º Aniversario de la Comunidad de Sant'Egidio

(México, D.F., 25 de Febrero de 2011)

Muy queridos hermanos y hermanas en el Señor,

Luego de haber narrado los primeros milagros realizados por Jesús, el evangelista San Marcos nos dice que "*una gran muchedumbre, al oír lo que hacía, acudió a Él*" (Mc 3,8) y que fue de entre ellos que eligió a algunos: "*Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde Él*" (Mc 3,13), y todo, -precisa San Marcos-, con una doble y específica intención: "*para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar demonios*" (Mc 3,14-15).

En los capítulos sucesivos, San Marcos nos va mostrando cómo se va llevando a cabo la primera finalidad: "*estar con Jesús*", quien en innumerables ocasiones aparece rodeado por la multitud que escucha su palabra y contempla sus obras prodigiosas; pero que, cuando concluye su enseñanza, regresa a su casa. Los Doce elegidos, en cambio, permanecen con Él.

Fue desde ahí, como narra el Evangelio de hoy, que "*Jesús (...) comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus inmundos*", comenzando, así, la realización de la segunda finalidad de la llamada: "*enviarlos a predicar, con poder de expulsar demonios*".

El envío Jesús lo hace revistiendo a los Doce provistos de un extraño poder. Poder sobre los "espíritus inmundos". Obviamente, Jesús no habla de inmundicia física, pues un espíritu no tiene un cuerpo. "Inmundo", en la Escritura designa más bien aquello que por alguna razón se encuentra inhabilitado para estar en la presencia de Dios; es decir, aquello o aquel que se ha transformado en enemigo de Dios. Y ¿quién existe de más opuesto a Dios, en grado máximo y de manera irreversible, que los demonios? Así, el poder conferido por Cristo a los llamados, es para expulsar del hombre y del mundo a los "espíritus inmundos", es decir, -como de hecho lo dice el Evangelio resumiendo la misión realizada por los apóstoles-, a los "demonios", esto es, al Maligno.

Jesús instruye a los Doce sobre lo que necesitarán para realizar la misión que les encomienda: ante todo y sobre todo, les será indispensable el poder que les confiere, y luego, prácticamente nada, excepto el bastón y

las sandalias; esto es, les pide que lleven consigo, sólo y el mismo atuendo con el que los israelitas debían comer el cordero pascual: "*Lo comerán así: ceñidas sus cinturas, calzados sus pies y el bastón en su mano*" (Ex 12,11). Es la actitud del que tiene que ponerse en marcha y de prisa, recordando la noche que los israelitas escaparon de Egipto, y el modo en que tuvieron que comer la primera Pascua. La misión que Jesús encomienda a los elegidos, reviste la misma urgencia y el mismo carácter de marcha o peregrinación.

San Mateo, refiriendo el mismo episodio narrado hoy en el Evangelio de San Marcos, precisa: "*No se procuren oro, ni plata, ni dinero en sus fajas*" (Mt 10,9), dejando claro que la misión que Jesús encomienda a los Doce, no se asemeja a la de las empresas de este mundo que necesitan y buscan recursos materiales. Su misión es de otro orden, y para su realización, los apóstoles no necesitan sino el poder que Jesús les da. Pedro y Juan serán bien conscientes de esto cuando, tiempo después, a la entrada del Templo encuentran al paralítico que les pide limosna, y al que Pedro simple y precisamente le dará aquello que lleva: "*No tengo plata ni oro; pero lo que tengo te doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, ponte a andar*" (Hech 3,6).

La tarea no será fácil. Más aún, junto a quienes se mostrarán dispuestos a acogerlos, encontrarán frecuentemente también a los opositores. En el caso favorable, la recomendación de Jesús es breve: "*Cuando entren en una casa quédense en ella hasta que se vayan de ese lugar*"; en cambio, "*si en alguna parte no los reciben ni los escuchan, al abandonar ese lugar, sacúdanse el polvo de los pies, como una advertencia para ellos*". Mateo señalará las consecuencias de tal actitud: "*Yo les aseguro que el día del Juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma y Gomorra que para aquella ciudad*" (Mt 10,15).

Muy queridos hermanos: hace 43 años, en Roma, nacía la Comunidad de Sant'Egidio, gracias al entusiasmo de Andrea Riccardi y de un pequeño grupo de estudiantes deseosos de cambiar, juntos, la propia vida y el mundo, enarbolando, desde su fe, las armas de la amistad y el Evangelio, y asumiendo como precioso objetivo los pobres.

Aquel día, también ellos experimentaron en sus vidas lo que significaba el haber sido elegidos y llamados por Jesús, para estar con Él y para ser enviados al mundo, sin otra cosa que "un bastón" y un "par de sandalias", pero también y sobre todo, con un corazón y un alma llenos de la fuerza y del poder del Espíritu, que transforma en Cristo y por Cristo al hombre, para que se done al hermano en el servicio a los más necesitados.

Después de 43 años sí que podemos decir que en la Comunidad de Sant'Egidio se ha cumplido la palabra del Señor; porque no solamente han perseverado en el "estar con Él", y no solo han recorrido el mundo yendo, desde el Evangelio y con el Evangelio, al encuentro de las gentes y de los pueblos que les necesitan, sino también haciendo, al mismo tiempo y a lo largo de estos años, cuanto pedía el Señor: *"Quédense en la casa donde entren, hasta que se vayan de aquél sitio"*. ¡Sí!, se han dinámicamente quedado en "casa" durante ya 43 años; se han quedado en este nuestro cada vez más retador mundo, mostrándole y ofreciéndole el testimonio de su modo específico de *ser Iglesia* y de *ser en la Iglesia* que comprende y vive radicalmente la caridad cristiana; se han quedado, asumiendo la manera de ser, de vivir y de estar en el mundo de Jesús mismo.

Solo Dios sabe a cuántos ha llegado la preocupación y la solicitud de la Comunidad de Sant'Egidio. Pero lo que sí sabemos, es que ha llegado a muchas personas, en innumerables lugares y países.

De manera análoga a los Doce, el Señor ha elegido y llamado también a todos y cada uno de los miembros de la Comunidad de Sant'Egidio desde todas las partes del mundo; los ha llamado "para estar con Él", y para luego enviarlos, de manera que, a través de su testimonio, el mundo viera que el Evangelio, a la manera de Jesús, se hace vida en el mundo con la fuerza del Espíritu Santo: *"El Espíritu del Señor está sobre mí...me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor"*.

¡Sí! La Comunidad de Sant'Egidio ha bien comprendido, queridos hermanos, el significado de la elección y del llamado de Jesús para "estar con Él", ante todo, acogiendo perseverantemente el don de la gracia, es decir, acogiendo en sí y en el ser de cada uno de sus miembros la vida misma de Dios que, como de una fuente inagotable, nos es ofrecida en los sacramentos; y luego, a través del diálogo íntimo, personal, constante con Jesús, en la oración.

¡La oración!, característica ésta, distintiva de la Comunidad de Sant'Egidio. ¡Cuánto lo he admirado! ¡Cuántas veces, -y han sido muchas-, yo mismo me he sentido atraído a unirme, y de hecho me he unido en innumerables ocasiones, a vuestra oración, particularmente ahí, en Roma, en Sant'Egidio! ¡Cuántas veces, así, he ahí también experimentado y saboreado lo que significa "estar con Jesús" y estar, al mismo tiempo, con el mundo, abrazándolo con los brazos de Jesús, con el corazón de Jesús, con la paz, con el amor, con la salvación integral de Jesús!

¡Y, ¿qué decir de la respuesta dada al envío?! En muchos de los 73 países, más de sesenta mil personas de la Comunidad de Sant'Egidio y muchos más que colaboran con ella, obedientes al envío transcurren dinámicamente su vida cotidiana hecha de Escuelas de la Paz, de ofrecimiento de su afecto y ayuda eficaz a los ancianos, de promoción de la cultura de acogida a los inmigrantes, a las etnias y minorías sociales. Vida de oración y de trabajo activo como alternativa a la difusa violencia, aún cuando pudiera, a mitad del camino, presentarse retador el martirio.

Haití, Pakistán, Irak, Nigeria, Uganda, y podríamos citar más y más países y situaciones en las que, con su carisma, con su específico modo de "ser Iglesia, en la Iglesia" la Comunidad de Sant'Egidio ha colaborado y colabora eficazmente en la edificación, en nuestro mundo y en nuestra nueva época, de la *civilización del amor.*

Por todo ello, queridos hermanos, no podemos sino de todo corazón dar gracias a Dios que quiso suscitar y ha querido mantener vivo y actuante el carisma de la Comunidad de Sant'Egidio, a través del cual ha hecho posible que tantas personas conozcan y vivan la sabiduría de la Cruz. Pero también damos gracias a la Comunidad de Sant'Egidio, a todos y cada uno de sus miembros, por haber sabido acoger con generosidad de espíritu la elección y la llamada de Jesús a "estar con Él" y a ser enviados para llevar, tangible y testimonialmente a todo el hombre y a todos los hombres, el anuncio pleno e integral del Evangelio.

Un anuncio existencial que hoy, sin duda, es particularmente urgente y retador. Hoy, que el mundo se ve invadido por un modo de vida en el que la referencia a Dios es considerada como síntoma de inmadurez intelectual y de falta de libertad. ¡Qué triste y qué aniquilación del ser humano produce este modo de pensar y de vivir negando a Dios o viviendo como si no existiera! ¡Qué suicidio para la sociedad y para el hombre que se abriga en el deseo ilusorio de ser dueño absoluto de todo, de dirigir la vida personal y la idea de la sociedad al gusto de cada uno, excluyendo a Dios!

Ustedes, "nadando contra corriente", pueden logar que nuestro mundo haga memoria del Resucitado, recordándole algo especialmente importante y fundamental: que no hay más dios, que el Dios que se entrega al hombre; ni más hombre de verdad, que el hombre que vive y se desvive por los demás. El Dios y el Hombre que justamente se nos revela y desvela en Jesucristo.

¡Gracias y felicidades, queridos hermanos y colaboradores de la Comunidad de Sant'Egidio! A ustedes, los aquí presentes, y a todos y cada de sus hermanos. Sigan, con renovada perseverancia, confianza y dinamismo, anunciando el **Sí** que Dios da a la Humanidad en Jesucristo; ese **Sí** que es constantemente renovado por Jesús, cada vez que celebramos la Eucaristía.

Y que Santa María de Guadalupe, *Madre del Verdadero Dios por quien se vive*, interceda por ustedes y por toda la Comunidad, obteniéndoles la gracia de saber mantenerse siempre atentos en la contemplación de Jesucristo: Rostro visible del Padre, admirando así, y dando testimonio ante el mundo, de cómo Dios es Dios, dando la vida a los hombres; y como el Hombre es Hombre, entregando la vida a Dios.

¡Felicidades!
¡Que el Señor les bendiga a todos!